



LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA Á S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Directora propietaria, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

La Manijera de Darro. — El niño espósito; poesía. — Los bienaventurados. — Ayer, hoy y mañana. — Explicación del pliego de dibujos. — Explicación del figurín. — Advertencias.

LA MANIJERA DE DARRO.

Casi á un paseo de Diezma, se encuentra el pueblecito llamado Darro, que dá un mentís á los pintorescos sitios de Andalucía; pues allí no encontráis esa hermosa vega que posee hasta la cortijada más escondida, ni los hermosos frutales, que refrescan los labios del pasajero, ni la frondosa alameda, convidando á dormir una siesta reposada.

Allí todo es árido y agreste; y sin embargo sus hermosas y cristalinas aguas valen un tesoro; así es, que la juventud se desarrolla admirablemente y la vejez es firme y prolongada.

Tanto en Diezma, como en Darro, se ven á menudo enfermizos forasteros, que van á beber la vida en sus limpios manantiales.

La pobre Dolores había ido allí á buscar su salud perdida con su abuela y dos hermanitos menores que ella; pero que ya iban al campo á ganar un corto jornal, con el que compraban pan moreno para ellos, y pan blanco para su hermana á quien amaban con locura.

¡Si hubiérais visto por las noches á su abuelita, rodeada de los tres, os hubiérais enternecido seguramente!

Uno se recostaba en su hombro, otro en su brazo derecho, y la niña, como llamaban á Dolores, en las rodillas, dándole cuando en cuando á su abuela tiernos besos en la frente.

Esta buena mujer, que frisaba en los ochenta años, era incansable tratándose de sus nietos, y así es que á pesar de la edad, hacía todas las faenas de la casa, porque la niña Dolores no se agravase en su mal.

¡Y qué bonita era la niña! ¡Y qué lástima que estuviese enferma! Tan blanca como un copito de nieve y con dos ojos de fondo azulado con dos pupilas como cuentas de azabache,

¡Y qué profusion de cabello! Parecían madejones de seda negra, adornando una frente de alabastro.

Las manos de aquella criatura, si no las viéramos que tenían acción, diríamos eran dos milagros de cera, que habían quitado á un santo.

Como las sayas que usan allí son cortas, no sucedía lo que con nuestras bellas elegantes, que no sabemos si son zambas ó tienen un pié bonito; pero de Dolores podemos decir, que lo tenía tan pequeño como el de una niña de cuatro años. Cuando lo enredaba con cintas y medias de cuchilla ó encañonado, decían los hombres que por allí pasaban, que de allí á la gloria. Y cuando ellos lo afirmaban, bien habrían visto que aquella pierna era torneada, fresca y suave, como si fuese de marfil blando; pues ellos, como los galgos, ven á gran distancia las cosas.

Lo cierto es que la niña no se apercibía del interés que causaba, ni había pensado todavía en si los hombres eran feos ó buenos mozos, ni menos en corresponder á las miradas que se la dirijían.

Llevaba á la sazón más de veinte dias de llorar continuamente. Sus dos hermanos se hallaban enfermos con unas malignas calenturas, y los pobrecitos no hacían más que delirar y llamar á la niña y la abuelita, y estrechar sus manos y recibir los besos que estas estampaban en sus abrasadas mejillas.

Lo peor de este cuadro, era que el hambre invadió aquella triste morada.

Ya había salido la abuela á vender por el pueblo, hasta el pañuelo que los dias de fiesta se ponía Dolores.

Gracias que no lo vieron sus hermanos, que antes hubieran consentido en vender la vida; pero estaban aletargados de la calentura y solo sabían pedir agua, y llamar á su hermana, y á la triste anciana que tanto los quería.

¡Infeliz! no tenía para costearles médico; pues como en el pueblo no le había, cosa que pasma en un país de cristianos, era necesario ir por él donde se hallase, y la vieja Magdalena tenía cuarenta años en cada pierna y cincuenta de dolores reumáticos.

Bien se podían morir como el lobo en su gruta, como el león en su retiro, ó como otro

animal cualquiera, sin que les tomasen el pulso, ni les recetasen una onza de jarabe.

¡Qué diablo! Los médicos matan á veces, dice el vulgo, y no quiere verlos siquiera; pero yo digo que más sabrán que nosotros los que no hemos tomado un libro en la mano que trate de esa difícil ciencia.

Lo cierto es que Dolores se moría, cuando acertó á pasar por allí el secretario de Ayuntamiento y el Sr. Cura del lugar, á quienes nombraban los dos Garcías, por llevar ambos el mismo apellido.

Yo los he conocido despues, y he visto en ellos dos almas generosas, y dos corazones nobles y honrados.

Porque todo lo que veais que yo refiero en mis novelas son sucedidos. El mundo presenta suficientes cuadros sin tener que recurrir á las galas de la fantasía.

El Sr. Cura y el secretario se detuvieron ante aquella escena conmovedora, observaron los enfermos, y el segundo, que tenía un botiquín en su casa, les envió medicamentos, mientras el buen eclesiástico iba á la suya, para hacer que su criada Maruja les trajese dos bien cebadas gallinas, de las doce, que á manera de los pares de Francia, se pavoneaban, precedidas de un hermoso sultan, por el corral de la casa. Sin duda allí no podían entrar las zorras; pues hacía tiempo que aquel serrallo existía, sin menoscabo alguno; el señor cura tenía un alma tan sensible, que no permitía se matase en su casa animal que hubiese criado ó tenido siquiera unos dias.

Pero ante la miseria que había presenciado hacía unos instantes, olvidó su cariño á las aves, y envió aquellas hermosas piezas, que parecían dos pavos de Navidad.

También acompañó este presente con una buena dosis de jamon y garbanzos de Montefrío, que parecían nueces ocales, apenas daban un hervor.

Cuando la caridad asomó por aquellas puertas, convertida en la moza Maruja, los infelices que la aguardaban, no repararon en que su representante parecía una remolacha, que tuviese ojos vizcos y nariz torcida.

Todos se abrazaron á ella, y lloraron, y la bendijeron.

La pobre criada, que bajo aquel rostro vulgar y difícil, tenía un alma de cera, lloró y gimió con ellos, y estrechando á la bella Dolores con ternura, la dijo:

—¡No llores, hija mia, no llores, que así que esto se acabe habrá más!

—¡Bendita seas! —contestó la niña, estampando un sonoro beso en su frente.

¡Qué hermosa es la caridad, sea cual fuese las formas que tome, para socorrer los desvalidos!

(Se continuará.)

ROGELIA LEON.

EL NIÑO ESPÓSITO.

Pobre niño, que en la cuna
Duermes con tranquilo sueño,
Y en tu semblante risueño
Moran las rosas de abril;
Delicada flor, que naces
En el rigoroso estío,
¿De qué sirve que el rocío
Te regale perlas mil?

—
Si el sol con ardientes rayos
Ha de agostar tu hermosura
Y marchitar tu frescura
Con su fuego abrasador,
No despiertes, pobre niño;
Tu sueño guarde mi ruego,
Que tras tu dulce sosiego
Está escondido el dolor.

—
Tú eres la blanca azucena
Que en tallo flexible crece,
Y al leve soplo se mece
De la brisa matinal;
Mas su gala y sus olores
Le roba el hado inclemente,
Y abate su pura frente
Polvoriento vendabal.

—
Tú eres de la primavera
El lirio aterciopelado,
Que descuella perfumado
En el florido verjel;
Mas ¡ay! que roedor gusano
De su tronco al pie se cria,

Y mata su lozanía
De la vida en el dintel.

—
Duerme y disfruta la calma
Que hoy te ofrece la inocencia;
Duerme, porque tu existencia
Será un tristísimo afán;
Duerme, niño candoroso,
Que ha de ser tu pobre vida,
Nave frágil que perdida
La destroe el huracán.

—
Solitario y silencioso
Cruzarás el ancho mundo,
Y un sentimiento profundo
Rasgará tu corazón;
No habrá un alma que comprenda
Tu dolor intenso y vivo,
Y sea dulce lenitivo
Para tu amarga aflicción.

—
No busques, niño inocente,
En medio de tu quebranto,
Una madre que tu llanto
Venga amorosa á enjugar;
Ni unos maternales brazos
Que se enlacen á tu cuello,
Ni manos que tu cabello
Se entretengan en rizar.

—
¡Ay! no busques unos labios
Que en amante desvarío
Te llamen ¡hijo! ¡hijo mío!
¡Prenda cara de mi amor!
Ni suspiros por el beso
De una madre sonriente,
Que no ha de sentir tu frente
Su hálito consolador.

—
Pobre niño abandonado,
Nadie con amante empeño
Velará ese dulce sueño
Que hoy te ofrece algún solaz;
Ni habrá un seno donde goces
Las infantiles delicias,
Ni dó entre tiernas caricias
Reclines tu hermosa faz.

—
Ángel puro de inocencia,

¿Por qué tu fatal destino
De abrojos sembró el camino
De tu penoso existir?
¿Por qué su fulgor oculta,
Niño, tu fatal estrella,
Y no deja su luz bella
Entre las nubes lucir?

—
Por ese mar proceloso
De la vida, irás perdido,
De los vientos impelido,
A surcar la inmensidad:
Solo con tu acerba pena
Sin timon, velas, ni rumbo,
Cual lleva de tumbo en tumbo
Al bajel la tempestad.

—
Sufre, pobre criatura,
Pues que á la suerte le plugo
Que tu madre y tu verdugo
Fueran ¡ay! un mismo sér;
Que con pecho endurecido
Y á la compasion ajeno,
Te arrancára de su seno
Lanzándote á padecer.

—
Sin que en tu cándido rostro
Fijar la vista quisiera,
Ni tu llanto conmoviera
Su alma acerada y cruel;
Mas... calla, no la maldigas;
Silencio, niño inocente;
Que quizá sobre tu frente
Vertió lágrimas de hiel.

—
¿Quién sabe, si al desprenderte
De sus amorosos brazos,
Rompió fiero en mil pedazos
El dolor su corazon;
Y tras tu imagen querida
Voló partida su alma,
Y cual tú, sin paz ni calma,
Es eterna su afliccion?

—
Sigue, niño abandonado,
De tu existencia el camino,
Que un espíritu divino
Velará tu soledad;
Que si una madre este mundo

Niega á tu ferviente anhelo,
Otra te concede el cielo
Toda dulzura y bondad.

—
Otra que es para sus hijos
Un piélago de ternura,
Inmenso mar de ventura,
De amor, gracia y proteccion.
Otra que mortal no existe
Que favores no le deba,
Madre que nuestra alma lleva
A puerto de salvacion.

ANA MARÍA FRANCO.

¡LOS BIENAVENTURADOS!

CUADROS FESTIVOS

POR D. LEANDRO ANGEL HERRERO.

Los pobres de espíritu.

CUADRO I.

(Continuacion.)

VI.

No era muy elegante que digamos la habitacion de los dos cofrades, pues estaba situada en una bohardilla con honores de sotabanco, gracias al precio de alquiler que llevaba el casero; mas á ellos no les costaba un maravedí, y es sabido que *á caballo regalado no hay que mirarle el diente*.

Los asistía una viuda bien conservada, jóven, fresca y no mal parecida, la cual habia puesto de su bolsillo el mobiliario de la casa. Era *militara* y cobraba del Estado una pequeña pension.

Alejo y Juan estaban en clase de pupilos con condicion espresa de no darla más que lo que pudieran adquirir buenamente, el uno visitando sus enfermos, y el otro copiando manuscritos á real el pliego. No era mucho lo que ganaban; pero unido á la pension de la patrona y á una rentita de seis reales diarios que tenia ella en el pueblo de su naturaleza, la villa de Móstoles, lo pasaban medianamente.

Vivian en comandita; y no creais que la tal viuda salia perdidosa en el trato; porque estaba enamorada profundamente de Juan Tenaza que la habia dado palabra de casamiento para cuando concluyera la carrera, y si esto se rea-

lizaba, como era de esperar, ya podía dar por bien sufridas todas las penalidades que la hicieron pasar aquellos dos angelitos.

Habitaban la pieza mejor del sotabanco, y con todo y con eso era algo mayor que una cámara de nuez, y menor que el cajón de un memorialista. Si Alejo y Juan hubieran sido ratones, podrían haber cabido en ella holgadamente. El mobiliario era económico: estaba reducido á dos sillas lisiadas, la una de un pié y la otra del respaldo. Había además una mesa coja, llena de papeles, varios cuadros amarillentos de puro ancianos, que representaban, unos la historia del rey que rabió, y otros un episodio de la vida de Noé, aquel en que el inocente patriarca se trastornó con la sangre de cepa.

Libros no se descubrían en ningún rincón, prueba que los dos camaradas no los necesitaban para sus estudios: los suplían los apuntes y la ciencia infusa con que enriquece Dios al estudiante pobre. Sin embargo, la ausencia de los libros no era tan completa que faltase allí uno que todos conocemos: este tal era el *Electo y Desiderio*, mina inagotable de cuellos de camisa, que todavía continuaba en explotación.

También se descubría allí, recostado gravemente sobre un rincón, el venerable garrote que consumió los gaticidios cuando el compadre Alejo hacía su caza en los tejados. No había más ni menos: las camas se habían suprimido por adorno; pero en la pieza contigua se descubrían dos especies de tarimas con colchones de paja, razón por la que formaban completamente dos camas de música.

Y si piensas, lector querido, que en fuerza de tanta estrechez, de tanta miseria y de tanto abogo, los dos cofrades se daban al diablo sesenta veces por hora, y andaban con cara triste y ceñuda, te llevas chasco. A tí y á mí tal vez nos hubiera labrado la mortaja tan rigurosa vida; pero ellos eran de hierro: tenían juventud y fe; pasaban los días como en una fiesta; hacían burla de sus propias penas; se reían como unos locos; cantaban como calandrias; tenían *un alma sana y un cuerpo sano*, según se le ocurriría decir á Juvenal; no envidiaban su suerte á un emperador; pertenecían á esa especie rara de bienaventurados, tan poco abun-

dante en el mundo, cuya dicha se cifra únicamente en la alegría de la buena conciencia, manantial de toda felicidad. No eran espíritus pobres; eran verdaderos pobres de espíritu, amoldados á la leña del padre Ripalda.

Y para que no te figures que es droga, lector amigo, vamos á sorprender juntos la conversacion que entablaron á su regreso de la calle de Alcalá, donde por primera vez los hemos conocido.

Juan Tenaza llevaba la batuta, es decir, la palabra, y se espresaba en estos términos:

—Hijo Alejo, mucho siento hallarte enamorado, porque, amigo, todos los enamorados sois muy fastidiosos; pero en fin, lo que el diablo hace, bien hecho está. Por otra parte, la chica vale la pena. Yo no la he visto más que la mitad de la cara; pero debe tener unos ojos capaces de trastornar el juicio al más pintado. Ello es que todas tienen algo del demonio para enredarle á uno el alma; bien que si todos los demonios que están á la orden del compadre Belcebú son de la catadura del que á tí te ha hecho *tilin*, confieso que le daría mi alma, mi corazón y todo cuanto tengo y valgo. Lo peor del caso es, que la muchacha está tan alta, que no sé yo que alcancemos á ella por mucho que alarguemos el brazo; pero en fin, todo no ha de ser tortas ni pan pintado, y por dejar de poner los medios, no ha de quedar. El que algo quiere, algo le cuesta; vivimos en unos tiempos en que es necesario aguzar mucho el sentido; y aunque los dos somos largas tijeras, mucho me temo que nos quedemos *per istam*. No hay que acobardar: tú estás ya para salir á abogado de un día á otro, y te conceptúo con títulos suficientes para saber armar un enredo al mismo draque en persona; te ayudaré, hijo, te ayudaré; y si Dios te la dá, que San Pedro te la bendiga.

Alejo suspiró de un modo capaz de estremecer á las piedras, y Juan Tenaza prosiguió diciendo:

—No suspires, hombre, no suspires. Estamos en el caso de obrar y de no perder el tiempo. No faltaba más, sino que empezáras á llorar ahora, después de tanto como hemos reído. La suerte es una coqueta tan caprichosa, que ha sabido hacer un rey de un pastor, y un mendigo

de un rey. Lo que conviene ya es averiguar si ella te quiere.

—Es verdad,—replicó Alejo;—yo no la he hablado en mi vida.

—¿Y así me lo dices?... Vaya, hijo, que tienes más calma que la burra de Balaam. Si no la has hablado; si no sabes si te corresponde, ¿qué diantre estamos gastando saliva en balde? Yo te he ofrecido casarte con ella; pero es en el caso de que ella te quiera, y te quiera de firme. Si la breva no está madura, retiro desde ahora mi palabra.

—No puede menos de quererme.... Sus miradas, sus sonrisas, sus ademanes, todo, todo me indica que me corresponde.

—¡Sí, sí! Fíate de gestos y de sonrisas. Nada, Alejo; lo principal es arrancarla el sí, que luego, aunque su padre el señor general diga que *no*, yo le prometo que se le han de ablandar de lo lindo los bigotes.

—¿Y cómo la he de hablar,—esclamó Alejo,—si no tengo ocasión para ello? Siempre sale en coche.

(Se continuará.)

AYER, HOY Y MAÑANA.

Cuadros sociales de 1800, 1850 y 1899,
por D. Antonio Flores.

CUADRO VEINTE.

EL SÍ DE LAS MADRES.

(Conclusion.)

Elisa acusó recibo de los versos, con una epístola patética y romántica, en que sin atreverse á pedir un rapto, que era su bello ideal, decía que en su casa no la comprendía nadie; que sus padres eran tiranos, como todos; que estaba rodeada de gentes que comían mucho y dormían mucho más, y que no les gustaba ir al teatro sino cuando representaban comedias de gracioso, y que también se reían con los dramas de *Antony*, *la Torre de Nesle*, y *Angela*, y concluía firmando, *tuya hasta más allá del sepulcro*, EL ALMA DESTERRADA—ELISA.

La doncella de la niña, que era su verdadera madre, porque la propia tenía harto que hacer con sus propios galanteos y las exigencias de su posición social, protegía los amores y no se sorprendió el día en que la autoridad llegó de improviso á la casa y preguntó por el marqués, intimándole la entrega en depósito de su hija por haber dado palabra de casamiento al poeta romántico.

El padre se quedó perplejo y la madre estática, asegurando ambos que era la primera noticia que tenían del caso, y llamaron á Elisa por sí, como pensaban, había alguna equivocación de nombre.

Compareció la niña, y poniéndose desde luego al lado del juez, le dijo con aire de la mayor resolución:

—Vámonos, y que se cumpla mi destino.

Esta salida de juicio, verdaderamente teatral, sorprendió más á los padres que la embajada del juez, y unidos á éste, trataron de hacer juiciosas reflexiones á la niña; la cual, arqueando las cejas, ensanchando los ojos y con aire trágico, dijo que su resolución era irrevocable, que no la violentarían porque tomaría un veneno, y aun enseñó un frasco que llevaba en el pecho, y apostrofó duramente al juez, porque no cumplía rectamente con la delicada misión que allí le llevaba.

Por fin salió en depósito, y sorda á todos los consejos y á todas las transacciones que la proponía su familia, bebiendo vinagre y escribiendo cartas románticas, con lo cual se iba poniendo cada vez más pálida y más enamorada, llegó el día de la boda, que se verificó sin más ceremonias que las indispensables de la Iglesia, y quedando por fin solas, enteramente solas, aquellas dos almas nacidas la una para la otra, y ambas criadas para una hemotisis prematura y una tumba anticipada. Ni siquiera pan y cebolla pensaban comer aquellos dos felicísimos mortales, que nutriendo su espíritu con las novelas románticas se amaban en ayunas, y es de advertir que apenas quebrantaban el ayuno en todo el día.

Pero aun no habían cumplido el primer mes de casados y ya empezaban á mortificarlos con sus prosaicas exigencias metálicas, el clásico casero y el clásico almacenista de muebles, y la que era peor que todos estos, la clásica tendera de comestibles. La cuenta de los garbanzos les horripilaba, y les ponía los nervios como cuerdas de guitarra, pero era preciso pagarla; y aun esto habría sido lo de menos si hubiese habido algo de más con que hacerlo; pero como los esposos solo habían pensado en amarse, les había cojido el matrimonio sin un cuarto. Pronto les vino un hijo, y un poco después otro, y aun les hubiese nacido el tercero, á no haber muerto tísica la madre; en cuyo cerebro había echado tan hondas raíces el romanticismo que, aunque murió de hambre, no lo hizo sin exigir á su esposo que la siguiera pronto al otro mundo, y que mientras lo hacía la llevase flores al cementerio, la hiciese versos, y que sobre su tumba solo escribiera estas palabras:

¡Murió de amor el alma desterrada!

El trágico fin de esta niña abrió los ojos á la

marquesa, según ella decía, y se propuso que la otra hija no saliese violentamente de su poder, aunque se enamorara de una persona de clase inferior á la suya. Pero no pensaba Laura como su hermana Elisa, y fueron inútiles los cuidados de su madre, que estaba mirando á la cara á cuantos se fijaban en la de su hija, y sonreía con todos ellos, buscando por medios indirectos, y aun directos y francamente, que su hija le dijera quién era el preferido. Laura los prefería á todos, y cada uno le servía para distinto pasatiempo; pero estaba decidida á no casarse con ninguno de ellos, y lo que hacía era dejarse galantear de los unos y gozar con las protestas de amor de los otros, mientras echaba sus cuentas, á la vista de las que habrían pagado las damas que brillaban en la corte por sus trajes, sus coches y sus reuniones. Todos los jóvenes que se acercaban á pedirle su mano, traían en el corazón amor de sobra para dejarle satisfecha; pero ninguno traía en el bolsillo todo el caudal que Laura creía necesario para brillar en el gran mundo.

El único hombre que ella conocía ser bastante rico para llenar su ambición no era joven, y aun casi pasaba de viejo, y además de esto, ó por esto precisamente, estaba achacoso, y lo que era mucho peor, no había dirigido una galantería á Laura. Si como era natural le había parecido bonita la niña, se lo había callado, y la muchacha se vió obligada no á pedirle su mano, que aun no se ha llegado en este punto á tan alto grado de perfección, sino á hacerle comprender que le daría la suya si se acercaba á pedirselas. Y salió todo tan á pedir de boca, merced á la intervencion de una amiga de aquellas que Dios las cria para estos casos, que se celebró la boda, porque la madre dió el sí y aun el *si bemol*, en cuanto tuvo noticia del suceso. Y Laura se oyó llamar duquesa, y dió tés y comidas y bailes á todos los jóvenes que la galanteaban siendo soltera, y que por no perder la costumbre, la siguieron galanteando después de casada. Media docena de ginetes, algunos de ellos plazas montadas á espensas del duque, caracoleaban junto al coche de la duquesa en la Fuente Castellana; otros tantos pollos anidaban en su palco de la Opera, y todos á porfía ahorrabán al marido la incomodidad, perjudicialísima á sus años, de acompañar á la duquesita á los bailes y á las reuniones.

Esta casada no ha muerto aún, y no se sabe si morirá tísica como su hermana; pues no tendrá nada de particular que así suceda, porque esa enfermedad no solo la engendra el amor y el hambre; también se cria en los grandes salones y en el gran mundo.

Para este cuadro no es necesario averiguar el fin de esas bodas, sino que basta conocer el principio de ellas.

En una y otra ha visto el lector lo que significa y lo que vale el *si de las madres* de ogaño.

La revolucion y las costumbres han emancipado á las hijas de la tutela de las madres. Los hombres lo saben así, y no adoran el santo por la peana, sino que como se han de casar con las hijas y no con las madres, recojen el sí de aquellas y les importa poco que estas digan que sí ó que nó. Antiguamente, ya lo ha visto el lector en la primera parte, cuando un joven decía á una señorita que la amaba, ya había amado y se había hecho amar de la madre.

Cada educacion tiene sus inconvenientes.

Es posible que en la última parte de esta obra digamos cuáles son los que nos parecen más graves.

ESPLICACION DEL PLIEGO DE DIBUJOS.

PRIMER LADO.—BORDADOS.

Núms. 1 y 2: Cuello y puños iguales, bordados á plumetis sobre batista.

3 y 4: Otro juego de cuello y puños, bordados á plumetis y feston sobre batista.

5: Cuello de tela doble, hechura inglesa, bordado ruso con algodón blanco y negro.

6: Puño compañero del cuello núm. 5, abrochado con cinco botones.

7 y 8: Cuello y puños igual, sobre tela doble, bordados con algodón blanco y negro, los medallones con algodón blanco.

9 y 10: Otro juego de cuello y mangas, bordados á punto ruso con algodón negro sobre tela doble.

11 y 12: Cuellos ingleses, tela doble, bordadas las puntas á plumetis. (El núm. 25 es el modelo de la manga ya formada.)

13: Esquina de pañuelo, jareton y bordado á plumetis.

14: L. S. cifra á plumetis.

15: Esquina de pañuelo, bordado á plumetis y feston en el borde.

16: Escudo para el mismo.

17: Otro pañuelo, feston y plumetis, y el interior de los óvalos con algodón negro.

18: Escudo para el mismo.

19: Punta de corbata, tela de seda, bordada á plumetis con dos colores, rojo y verde.

20: Otra corbata color solferino, bordado á plumetis en dos colores; el dibujo que forma greca en seda blanca y las hojas con seda verde.

21: Modelo de un cuello en muselina hecho á plieguecitos y guarnecido el borde de una puntilla de valenciennes.

22: Modelo de manga compañera del cuello anterior.

23 y 24: Juego de cuello y mangas en muselina ó en tul, adornado con terciopelos negros.

- 25: Modelo de manga en tela doble.
 26: Manga de muselina, formada por un bullon y un entredós de valencienne; esta manga es compañera de la camiseta señalada con el núm. 34.
 27: Modelo de una pelerina redonda; se hace en muselina ó en tul á plieguecitos, guarnecida con un volantito de encaje, y sobre la cabeza del volante un ruche de cinta que se repite alrededor del cuello, terminando por cuatro lazos que la cierran sobre el pecho.
 28: Gorra de mañana, en muselina, guarnecida con ruches encañonados.
 29: Gorra de niño, hecha á plieguecitos ondeados.
 30: Modo de hacer estos pliegues.
 31: Punta redonda de una banda, bordada con negro.
 32: Modelo de un vestido para niño, en muselina blanca; el delantero, los costados y el cuerpo formando plieguecitos.
 33: Modelo de una camisa para señora (más tarde daremos el patron).
 34: Camiseta hecha con bullones y entredós.
 35: Entredós á plumetis.
 36: Escudo para pañuelo, con el nombre Baptista en el centro.
 37: Otro escudo con el nombre Doris.

SEGUNDO LADO.—PATRONES.

Patron de chaleco con bolsillos, para señora; es muy necesario para llevarle con las chaquetillas toreras; compónese de un delantero y de una espalda.

Patron de cuello y puños á la marinera, pueden hacerse lisos ó guarnecerse con una puntilla de valenciennes.

Traducción de las palabras francesas para la mejor inteligencia de las señoras que no entiendan el francés:

Patron de gilet de femme-avec petites poches.—Patron de chaleco para señora con pequeños bolsillos.

Col marin avec poignet.—Cuello marinero con puños.

Devant du gilet de femme.—Delantero del chaleco de señora.

Dos du gilet.—Espalda del chaleco.

Col marin en toile garni de valencienne étroite.—Cuello marinero en tela, guarnecido de una puntilla de valencienne estrecha.

Le poignet et le col sont d'un seul morceau.—El puño y el cuello se hacen de un solo pedazo.

Aspect du col marin.—Aspecto del cuello marinero despues de concluido.

Poignet en toile garni de valencienne.—Puño en tela guarnecido de valencienne.

Aspect de la manche.—Aspecto de la manga.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

Primera figura.—Vestido de muselina blanca, guarnecido en el bajo de un gran volante, ornado de un bullon con trasparente color de violeta. Cuerpo de hechura Figaro con chaleco de tafetan color de violeta. Todo el Figaro vá rodeado de un bullon semejante al del volante. Manga Gabriela atravesada á lo largo por bullones y un encaje que forma hombrera y puños. Adorno de cabeza de flores y encajes en consonancia con el traje.

Segunda figura.—Vestido de tafetan chiné rosa y blanco, adornado de grandes cuadros independientes, formados por ruches de tafetan rosa picados, una blondita negra encima y una cinta de terciopelo. El bajo de la falda vá adornado con cintas rosas en forma de cuadros. Cuerpo alto, liso, mangas entreanchas adornadas por el mismo orden que la falda. Cuello y mangas de encaje, adorno de flores.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

La circunstancia de hallarse enferma nuestra directora nos impide dar en el número de hoy el pliego correspondiente á la novela MATILDE ó EL ANGEL DE VALDE REAL que venimos publicando y que debe terminarse muy en breve; en su lugar damos el primero de LA PASTORA DEL GUADIELA que ha de continuar despues de aquella. Inmediatamente cese la causa que nos lo impide, daremos la conclusion.

OTRA.

Desde primeros de setiembre próximo establecemos una edicion económica de LA VIOLETA, á precios sumamente reducidos, á fin de que todas las familias, por modesta que sea su fortuna, puedan disfrutar de las ventajas de nuestra publicacion. Las condiciones y precios podrán ver nuestros suscritores en las cubiertas.

Por todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario.—VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1863.—Imprenta de MANUEL DE ROJAS, Pretil de los Consejos, 3, principal.